
Secretaría de Relaciones Exteriores, *Escritores en la diplomacia mexicana*, tomo III, México, SRE, 2003, 379 pp.*

La aparición del tercer volumen de la serie *Escritores en la diplomacia mexicana* obliga a una reflexión inicial. Es muy raro que en nuestra administración pública haya continuidad en este tipo de proyectos, y más raro que la haya entre administraciones de distinta filiación política. Mi reconocimiento para quienes idearon la serie, pues es claro que su calidad y pertinencia justificaron la continuidad, y mi simpatía para los funcionarios que reconocieron las virtudes del proyecto y apoyaron su prolongación.

Para comenzar haré una breve descripción de los volúmenes en su conjunto. En el primero, publicado hace unos cinco años, fueron estudiados doce escritores diplomáticos; de ellos, cinco pertenecían al mundo del Antiguo Régimen, el Porfiriato (Federico Gamboa, Amado Nervo, José Juan Tablada, Enrique González Martínez y Efrén Rebolledo, si bien dos de éstos —Tablada y González Martínez— pudieron transitar a la diplomacia del nuevo régimen); seis estuvieron vinculados al México posrevolucionario (Genaro Estrada, Alfonso Reyes, Octavio G. Barreda, José Gorostiza, Jaime Torres Bodet y Manuel Maples Arce), y uno al México moderno y contemporáneo (Octavio Paz). A mi modo de ver, en diez de estos doce personajes la acti-

*Una primera versión de este texto fue leída en la presentación del tercer tomo de *Escritores en la diplomacia mexicana*, que tuvo lugar en el auditorio Jesús Terán del Acervo Histórico Diplomático, de la Secretaría de Relaciones Exteriores, el 18 de marzo de 2003.

vidad fundamental era la literatura de creación, y únicamente en los casos de Estrada y Torres Bodet ésta iba a la zaga, o a la par, de su vocación por el servicio público. Hasta donde mi información alcanza, la gran mayoría de los colaboradores del primer volumen provenían del mundo académico.

El tomo dos es de más difícil descripción. Sólo un ensayo está dedicado a un escritor diplomático porfiriano, don Francisco A. de Icaza. La cifra de escritores diplomáticos del México posrevolucionario se mantuvo estable, con cinco casos (José Rubén Romero, Antonio Castro Leal, Gilberto Owen, Rodolfo Usigli y Rafael Bernal). En cambio, dominaron los representantes del México reciente (Fernando Benítez, Antonio Gómez Robledo, Rosario Castellanos y Jaime García Terrés) y del México actual, con escritores diplomáticos todavía vivos, como José Luis Martínez, Carlos Fuentes, Sergio Pitol, Hugo Gutiérrez Vega y Fernando del Paso. Asimismo, aunque continuó el predominio de los escritores de creación (nueve de quince), aparecieron cinco intelectuales académicos (los ya mencionados Icaza, Castro Leal, Gómez Robledo, Benítez y Martínez), además de Bernal, más propiamente diplomático. Por último, con respecto a los autores, en el segundo volumen se dividen, casi simétricamente, los académicos y los escritores. Incluso se tiene el caso de alguien que aparece como tema y como autor, don José Luis Martínez.

¿Cómo describir el volumen tercero? Para principiar, y a diferencia del precedente, dedicado a escritores diplomáticos recientes y contemporáneos, este tomo está consagrado por entero al siglo XIX, desde un Lucas Alamán, secretario de Relaciones Exteriores del gobierno interino —el Triunvirato— que antecedió al de Guadalupe Victoria, hasta un Victoriano Salado Álvarez, miembro del servicio exterior de Porfirio Díaz, y luego de los de Francisco León de la Barra, Francisco I. Madero y Victoriano Huerta.

Sin duda alguna, es peor que riesgoso usar el concepto *homogeneidad* en un estudio dedicado al siglo XIX mexicano. De hecho, en este libro se refleja —no podía no pasar— lo complejo de esa centuria. Para comenzar, hubo escritores diplomáticos conservadores, como Lucas Alamán, Manuel E. de Gorostiza y Luis G. Cuevas; los hubo también moderados, como José María Luis Mora, Manuel Payno y José María Lafragua; obviamente, aparecen varios liberales, como Ignacio Manuel Altamirano o Vicente Riva Palacio, y hasta un positivista porfiriano, Salado Álvarez. En términos profesionales, unos eran básicamente escritores —De Gorostiza, José Tomás de Cuéllar, Altamirano y Salado Álvarez— otros, políticos que escribieron alegatos políticos, testimonios personales y reflexiones históricas, como Alamán, Mora, Cuevas y Lafragua. Por último, si bien encuentro dificultades para definir a Payno —¿escritor, político, o ambos a la vez?—, estoy convencido de que Riva Palacio fue, simultáneamente y con la misma intensidad, escritor, político y militar.

Sus diferencias ideológicas y profesionales explican sus diferencias en cuanto a la personalidad diplomática de cada uno, así como en lo que concierne al tono de su proceder, al estilo. Su responsabilidad y compromiso dependieron del nivel del puesto; así, en este volumen aparecen desde cancilleres hasta diplomáticos menores y efímeros; esto es, desde un Alamán, un Cuevas o un Lafragua, por un lado, hasta un Mora, un Cuéllar y un Altamirano, por el otro. Más aún, si Alamán tenía un auténtico proyecto para las relaciones diplomáticas del país, las instrucciones para De Cuéllar, cuando quedó como encargado interino de la legación en Washington, fueron que detentaría el puesto “sin autoridad para promover, agitar o tratar asunto alguno”. Asimismo, el momento particular en el que actuaron, dado que el siglo tuvo varias etapas, nos explica los asuntos que debieron enfrentar y los resultados que se obtuvieron. Re-

cuérdese que México tuvo un complicado siglo XIX: nació a la vida independiente con problemas graves por su falta de definición; luego padeció una enorme debilidad, y terminó como un país apreciable y confiable. Su aparato diplomático fue el de un país joven enfrentando un largo proceso de vertebración.

Intentemos en seguida una breve recapitulación. Para empezar está Lucas Alamán (escrito por Andrés Lira). Lo sorprende en España —por ser diputado a las Cortes— la independencia de México, para el cual pide el reconocimiento diplomático, que fue obviamente negado. Más tarde fue secretario de Relaciones Exteriores en varias ocasiones —1823, 1830-1832 y 1853—, durante las cuales hizo siempre frente a desafíos muy grandes: los primeros reconocimientos diplomáticos; el uso del Real Patronato, así como varias diferencias con Estados Unidos por las imprecisiones de la frontera, por su expansionismo, ya fuera mediante compra o como resultado de una guerra, o por su antibolivarismo. Le sigue Manuel Eduardo de Gorostiza (Reynaldo Sordo), hombre cercano a Alamán, y cosmopolita como él, quien tuvo también que enfrentar los primeros reconocimientos diplomáticos y los primeros convenios comerciales. En concreto, le correspondió encarar el conflicto de Texas en 1836, el de 1838 con Francia (la famosa guerra de los Pasteles) y el de Estados Unidos en 1847, si bien el autor del ensayo no se refirió a su labor contra el intento de reconquista de España desde Cuba, el famoso caso Barradas.

Los decenios siguientes están representados por dos hombres diametralmente opuestos. Por un lado José María Luis Mora (Alfredo Ávila), de breve labor diplomática, pues se encontraba exiliado en Europa cuando se le pidió que buscara convencer a Inglaterra para que aceptara fungir como negociadora en la guerra entre Estados Unidos y México —lo que no pudo lograr—, y que la persuadiera de no apoyar la rebelión de los indios mayas tan sólo por la posibilidad de ampliar su in-

fluencia y su presencia en la costa caribeña de Belice; por el otro Luis G. Cuevas (Francisco Cuevas Cancino), secretario de Relaciones en 1837, 1839, 1844-1845, 1848-1849 y 1858, quien formó parte de la comisión negociadora de la paz con Estados Unidos, y luego estuvo en la Asamblea de Notables establecida por el ejército francés en 1863.

Entre los diplomáticos de los años liberales se rescata a Manuel Payno (Jesús Flores) y a José María Lafragua (Judith de la Torre), ambos de trayectoria diplomática destacada y prolongada, en especial el último, quien fue canciller en tres gobiernos —Mariano Salas, Sebastián Lerdo de Tejada y Benito Juárez— y le correspondió buscar el restablecimiento de relaciones con Europa después de que el fusilamiento de Maximiliano nos había dejado aislados, así como la definición del ajuste fronterizo con Estados Unidos y con Guatemala. Por último, el libro deja la impresión de que los liberales exaltados, Ignacio Manuel Altamirano (Nicole Giron) y Vicente Riva Palacio (José Ortiz Monasterio), fueron enviados por Díaz como diplomáticos para evitar que se convirtieran en sus críticos: Altamirano en Barcelona y París entre 1889 y 1892, en puestos menores, y Riva Palacio en Madrid, sin mucha responsabilidad y sí muchas diversiones, según narra el responsable de su semblanza.

Concluimos nuestro repaso con José Tomás de Cuéllar (Manuel de Ezcurdia), apenas considerable diplomático, y Victoriano Salado Álvarez (Antonia Pi-Suñer), diplomático de las postrimerías del Porfiriato, quien colaboró con Enrique Creel en la embajada en Washington, y más adelante con León de la Barra, Madero y Huerta desde Guatemala, El Salvador y Brasil, hasta que triunfó la lucha revolucionaria en 1914, dejándolo desempleado. La Revolución mexicana define el límite del final del siglo XIX, siglo al cual, como se señaló, está dedicado el tercer volumen.

Sería una injusticia terminar esta reseña sin elogiar la calidad historiográfica de todos los capítulos, siempre bien escritos y bien documentados. Sería igualmente injusto no referirme a la belleza editorial del libro. Las muchas ilustraciones son tan hermosas como apropiadas. Termino con un lenguaje más peculiar de Sancho Panza que de los diplomáticos o los académicos: ojalá no se cumpla con este volumen aquello de “la tercera es la vencida” y resulte éste el último de la serie. Al contrario, quedo en espera del próximo, y aun de uno más, pues recuérdese que “no hay quinto malo”.

Javier Garciadiego